

La biblioteca del absurdo (Harold bloom)

I

El café sabía un tanto acedo aquella tranquila mañana de agosto, Rosa, la gerente, bamboleaba entre mesa y mesa sus voluptuosas caderas, mientras prorrumpía en deslazadas formalidades con sus clientes, “¡Qué elegante viene usted hoy Don Camilo!”— O también solía refunfuñar cuando alguna abejilla la picaba— “¡Malditas sean todas! Ya les dolerá a ellas cuando encuentre su colmena”.

—¡Tráigame un azucarillo!—Exclamé

—¡Ahora mismo!— Y se acercó presurosa a dejar en mi mesa una bandejita plateada sobre la que reposaban tres terrones.

Arrojé los tres al café, pero seguía estando agrio.

Cada cierto tiempo podía escucharse la quejumbrosa voz de José Conrado, nacido en Madrid, pero más británico que otra cosa, diciendo: “Pobres salvajes”—O— “Esto no ocurre en Inglaterra”.

—¿Me van a pagar?— Pregunté

—¿Por qué?—Inquirió curiosa.

—El café está agrio.— La contesté señalando a la taza de porcelana tímidamente.

Rosa negó con la cabeza. Me marché de allí dejando el café a medio terminar y sin pagar.

II

El mundo es absurdo. La vida es absurda. La muerte también lo es. Lo único que no es absurdo es la literatura. ¿Por qué? Porque vives y mueres tantas veces que llega a volverse creíble. No es verosímil. Vale. ¿Entonces? No lo sé...

¿Has visto al viejo Molloy? ¿Quién es Molloy? El vagabundo. ¿Qué vagabundo? El que chupaba guijarros. ¿No se había muerto? Eso creo, pero podemos ir a verlo. ¿Dónde? A la nada ¿Existe? Nada es más real que la nada. No podremos volver. Tienes

razón, es absurdo. ¿Entonces? Iremos a su casa. ¿No era vagabundo? Lo era. ¿Entonces? Creo que ahora vive allí con su madre. ¿No estaba muerta? No lo sé...

¿Por qué te paras? Quiero leer. ¿No íbamos a ver a Molloy? Es absurdo, está muerto. ¿Pero no vivía con su madre? No me importa, sólo quiero... ¿Leer? No, era otra palabra. ¿Cuál? No estoy seguro, la he olvidado. ¿Entonces? No lo sé...

¿Dónde vamos? A ver a Molloy. ¿A su casa? No, a otro sitio. ¿A dónde? No lo sé...

¿Has visto esa Biblioteca? Sí, ¿y? Quizás encontremos allí a Molloy. ¿En la Biblioteca? Sí. ¿Sabe leer? Eso creo. Es absurdo. Lo sé.

III

Hace seis meses, quizá más, se mudó al apartamento de enfrente un tal Jay Bygast, un desinhibido joven oriundo de los Estados Unidos, del medio oeste según creo, que logrando reunir cierta fortuna, incomprensiblemente había llegado a Madrid con la intención rentabilizar sus ganancias.

Día tras día, al ponerse el sol, aquello se asemejaba a un zoológico humano, en el que todas las especies de hombres y mujeres se agolpaban en torno a su puerta, como si del mismo arca de Noé se tratase, para salvarse del gran diluvio de formalidad que era la civilización y dar rienda suelta a sus instintos más primarios y salvajes.

Cansado ya de aquella algarada de calaveras y casquivas, me presenté en su puerta, golpeándola beligerantemente hasta que fue imposible obviar su estruendo. El señor Bygast abrió la puerta desdeñosamente, vestido con un frac empapado en alcohol medio desgarrado y varios labios rosados esculpidos en su cuello, mejilla y labios, lo cierto es que quedé sorprendido por su aspecto tan aliñado.

—La música— Tan sólo me atreví a reprobarle por ella.

—¿Qué la pasa? ¿No le gusta?—Inquirió desconsideradamente

—Está demasiado alta, no puedo dormir—Insistí.

—¿Y?— Me contestó.

“¿Y?”– Me dijo– “¿Y?” Jamás nadie me trató con tanto desprecio. Salí de allí tan pronto como lo escuché. En mi apartamento telefoneé a la comisaría, nadie me contestó, todos estaban en la fiesta de Bygast. Pude interponer una denuncia a la mañana siguiente en los juzgados contra Bygast y su depravación egotista, pero probablemente no me la hubiesen tramitado.

Quedé allí, en mi habitación, atribulado y somnoliento, pues aquella nefanda música me vedaba el sueño; mirando a través del ventanuco rayado de mi apartamento, todo parecía tranquilo, silencioso, abandonado. Envidié a los mendigos a los cuales antes compadecía, no me importaba sentir el frío aterir mis huesos, todo lo imaginable era mejor que aquello.

Desde aquel entonces, iba las mañanas a las Biblioteca, el único lugar en la ciudad en que puede respirarse el silencio, a dormirar y recuperar las horas de sueño perdidas durante la noche. Sin embargo, aquel café me había adormecido más de la cuenta y apenas me sentía con fuerzas para andar unos pasos más, aquella Biblioteca, a la que nunca antes había ido, fue mi salvación en aquel instante y en los sucesivos.

IV

¿Quién era? El bibliotecario. ¿Ese? Sí. ¿No era ciego? Eso parecía. Es absurdo. Lo sé. ¿Qué te ha dicho? Que podemos entrar por la puerta de la izquierda. ¿Pero si hemos entrado por la derecha? Eso creo ¿Está loco? Debe estarlo, a veces pienso que nosotros y Molloy somos los únicos cuerdos. Yo también lo pienso...

¿Vas a leer? No ¿Entonces? Vamos a buscar a Molloy. ¿Crees que lo encontraremos? No lo sé.

V

Entré por la puerta de la izquierda, aunque el bibliotecario me señaló la de la derecha, era ciego y muy anciano, quizás olvidó donde se encontraba la entrada, o quién sabe, el vetusto edificio pudo haberse reformado después de haber perdido su visión y este sólo recordase su antigua ubicación

La puerta llevaba a un pequeño vestíbulo heptagonal con siete estantes dispuestos a cada lado, todos ellos de siete baldas con siete libros en cada una. Un hombre y una mujer descansaban sobre dos de los tres sillones colocados en el centro de la estancia; el

primero, un hombre de mediana edad, arrellanado sobre su asiento parecía dormir, mientras que la segunda, una joven señorita, se atornillaba enhiesta leyendo un pequeño libro de aceptables dimensiones. Para cualquier bibliófilo aquel lugar era insuficiente, pero para mí, buscando únicamente la tranquilidad, resultaba el lugar idóneo.

Me senté en el tercero de los sillones, junto a la joven de cabellos dorados. Intenté conciliar el sueño, pero no pude, aquel silencio me turbaba. Inconscientemente me había acostumbrado al estentóreo ruido de la música de Bygast. Me sentía incómodo, de vez en vez, tosía maquinalmente con la esperanza de quebrarlo. Todos mis intentos, una y otra vez, le producían una insignificante herida que él mismo volvía a cerrar. Pronto, aquel reducido espacio pareció que se erguía sobre mí, terminando por aplastarme, otorgándome el más temido de los silencios, la muerte.

—¿Está dormido? —Pregunté, más por quebrantar de nuevo el mutismo que por curiosidad.

La mujer rebulló en su asiento y enarcó sus cejas hacia mí.— No, —concluyó— está muerto.

Quedé como un marasmo durante algunos instantes fruto de su frialdad decimonónica, pero proseguí.— ¿Qué le ha ocurrido?

—Se durmió—Respondió secamente.

—Quizá debemos llevarlo a un hospital.— Dije sin comprender nada.

—No.—Se detuvo y tras una breve pausa continuó.— Ahora déjame proseguir mi lectura, no quiero dormirme.

VI

Es hexagonal. ¿El qué? La sala. ¿Hay más habitaciones? Muchas más. ¿Las puedes ver? Sí. ¿Cómo son? Iguales. ¿Hay muchos libros? Eso parece. ¿Ves a alguien? Hay un hombre en una de las salas. ¿Qué hace? No lo sé...

Está buscando un nombre. ¿Por qué? Dice que no lo tiene. ¿Dónde lo va encontrar? Creo que en los libros. ¿Le has preguntado si es Molloy? Sí, dice que ese no es su nombre. ¿Cómo lo sabe? Quizás lo intuya. Es absurdo. Lo sé. ¿Tú crees que lo encontrará? No lo sé...

¿Nosotros tenemos nombre? Supongo. ¿Cuál es? No me acuerdo. ¿Entonces? No importa, uno puede vivir sin nombre. ¿Qué hacemos? Buscar a Molloy. ¿Estará en alguna de las salas? No lo sé...

¿Has encontrado a Molloy? No. ¿No había nadie más? Sí, otros que buscaban su nombre. ¿Les has preguntado si eran Molloy? Sí. ¿Y? Nada, me han dicho que ese no era su nombre. ¿Cómo es Molloy? No lo sé...

¿Por qué no buscamos nuestro nombre? Porque estamos buscando a Molloy ¿Y si Molloy es nuestro nombre? Puede. ¿Entonces? No tenemos que buscar a Molloy. ¿Por qué? Porque ya lo hemos encontrado. ¿Quién es Molloy? Yo soy Molloy.

VII

Cuando salí de allí entendí por fin la absurdidad de la Biblioteca, vi a un loco, al menos lo parecía, entrar en ella, se mordía las uñas, miraba nerviosamente a todos lados y hablaba solo. Ambos leeríamos el mismo libro, pero aún así no lo sería; entraríamos por la misma puerta, aunque para nosotros fuera distinta; y contemplaríamos la misma Biblioteca, que no sería una, sino muchas y todas distintas unas de otras; ambos nos veríamos reflejados en el mar de páginas que es ese gran libro infinito, daríamos vida a las palabras y se las quitaríamos tan pronto como nacieran, veríamos aquello que otros muchos han contemplado, pero que únicamente nosotros hemos visto. Lo curioso es que lo absurdo de la Biblioteca (que otros suelen llamar literatura) es que es la única, incluso más que el propio hombre, de comprender y dar respuesta a la absurdidad del alma del ser humano.